LIBRO XVIII.

Desde la muerte de San Gregorio el Grande, hasta la conquista de la Siria y del Egipto por los musulmanes.

de 604 a 640.

El sucesor del Papa San Gregorio, fué Sabiniano, elegido el 1.° de Setiembre del año 604: su pontificado duró poco mas de uno entero. Bonifacio III, que le sucedió, tampoco ocupó la Santa Sede mas que unos nueve meses. Este Papa determinó al emperador Focas á prohibir que el patriarca de Constantinopla tomase el título de patriarca ecuménico ó universal. Celebró un concilio de setenta y dos obispos, en el que pronunció la pena de excomunion contra cualquiera que en vida del Papa ó de su obispo, se atreviera á tratar del nombramiento de su sucesor, añadiendo que solamente tres dias despues de los funerales, se reunieran el clero y los fieles para proceder á la eleccion. Al cabo de nueve meses de vacante, fué nombrado Bonifacio IV, el 25 de Agosto, y ocupó la silla apostólica cerca de siete años: pidió al emperador Focas el templo edificado en Roma por Agripa con el nombre de Panteon, porque estaba consagrado á todos los dioses, y le convirtió en iglesia que dedicó á la Santísima Vírgen y á todos los mártires. De ahí vino la fiesta de Todos los Santos, que desde entonces comenzó á celebrarse en Roma.

Continuaba en la Venecia el cisma ocasionado por la cuestion de los tres capítulos, y San Columbano, á ruego del rey de los lombardos que le habia dado un asilo en sus Estados, escribió una carta al Papa en la que se ve que habia adoptado las preocupaciones de algunos occidentales contra el quinto concilio. Este ilustre abad habia nacido en Irlanda hácia el año 560. Despues de haber vivido muchos en el monasterio de Bancor, el mas célebre de aquella isla, que contenia hasta tres mil monges, obtuvo permiso del superior para salir de su pais á la edad de treinta años, y pasó á las Galias con doce compañeros. Recorrió muchas provincias exhortando en todas partes los pueblos á la penitencia y apoyando sus predicaciones con el ejemplo de sus virtudes. No tardó en llegar su fama hasta la corte de Gontran, rey de Borgoña, que le convidó á establecerse en sus Estados y le ofreció cuanto pidiese. El santo abad respondió que no deseaba otra cosa que practicar la pobreza y la penitencia á ejemplo de Jesucristo, y se retiró á los desiertos de los Vosgas, donde fundó su primer monasterio en el antiguo castillo arruinado de Anegray. Allí vivia con sus compañeros y se alimentaba de yerbas y legumbres. Pronto acudieron los pueblos de

todas partes á recibir sus instrucciones y á solicitar la curacion de las enfermedades por sus oraciones. Como el número de sus discípulos aumentaba diariamente, buscó un parage en el mismo desierto para construir otro monasterio, y eligió otro castillo arruinado llamado Luxeuil, á tres leguas de Anegray. A poco tiempo se llenó este monasterio y tuvo que fundar otro, que llamó fuentes (Fontaines) por sus abundantes aguas. A cada uno de estos monasterios dió superiores de conocida piedad. El residia alternativamente ya en uno, ya en otro, y les dictó una regla que se practicó mucho tiempo en las Galias, y que todavía poseemos. Es sucinta, y San Columbano recomienda en ella con especialidad la obediencia, la pobreza y el desinterés, la humildad, la castidad, la mortificacion interior y exterior, el silencio y la discrecion. Prescribe que no se tome alimento hasta la tarde, es decir, á nona, y que se reduzca á yerbas, legumbres y harina desleida en agua con un panecillo. Ha de proporcionarse el alimento al trabajo, y hacer de modo que cada dia se ayune, se ore, se trabaje, y se lea. La salmodia se arregla así: á las horas del dia que dividen el trabajo, á saber, tercia, sexta y nona, tres salmos con versículos: al principio de la noche, es decir, á vísperas, doce salmos. El oficio de la noche es diferente segun la diversidad de las estaciones: los sábados y domingos no es el mismo que los demas dias. En los seis meses de invierno treinta y seis salmos con doce antífonas, porque á cada una precedian tres salmos. El sábado y domingo setenta y cinco salmos con veinticinco antífonas: al fin de cada salmo se arrodillaban los monges. Ademas de la oracion comun, San Columbano señala la obligacion de orar en particular, y advierte que lo esencial es la oracion interior y la aplicacion continua del espíritu á Dios.

Despues de la regla se halla el penitencial, es decir, el modo de corregir las faltas ordinarias de los monges. El castigo mas frecuente es la disciplina: á veces son condenados al silencio ó á ayunos extraordinarios. Los monges debian hacer la señal de la cruz sobre todo lo que tomaban, y pedir la bendicion del superior y presentarse delante de la cruz al salir del monasterio y al volver. Cuando salian llevaban ordinariamente consigo óleo bendito para ungir á los enfermos: tambien llevaban la Eucaristía, y hay penitencias para los que dejaban corromper las especies. San Columbano no usaba mas que vasos de cobre para celebrar el santo sacrificio, y sus mismos monges hacian el pan que ofrecian. Hay otro penitencial de San Columbano, que marca las penas canónicas para todo género de pecados y para toda clase de personas.

El santo abad conservaba en Luxeuil el uso de Irlanda de celebrar la Pascua el dia catorce de la luna cuando era domingo. Los obispos de Francia le molestaron por esto, y él escribió una carta al Papa San Gregorio en que defiende su costumbre con mucha libertad: dice que ha leido su Pastoral con suma satisfaccion y le pide

sus comentarios sobre Ezequiel. Hácia el mismo tiempo escribió sobre el mismo asunto á muchos obispos de Francia congregados en concilio. "¡Ojalá, dice, que os hubiéseis reunido con mas frecuencia, y que si las turbaciones de nuestra época no os permiten celebrar concilios una ó dos veces al año, segun los cánones, lo hiciéseis á lo menos cuanto mas á menudo fuera posible para tener á los débiles en el temor y excitar el celo de los mas fervorosos! Nosotros deseamos seguir hasta la muerte los usos de nuestros antepasados. Ved lo que debeis hacer con unos pobres viejos extrangeros: yo creo que os será mas útil consolarlos que inquietarlos." Mas no queriendo permitirle que siguiera su costumbre, se dirigió al Papa Bonifacio IV, y le envió copias de las cartas que habia escrito á San Gregorio y no le habian sido entregadas. "Nosotros vivimos, dice, en desiertos sin incomodar á nadie, y pedimos conservar la paz y la unidad eclesiástica como San Policarpo con el Papa Aniceto, y que segun los cánones de los ciento cincuenta Padres del concilio de Constantinopla, puedan vivir segun sus leyes las Iglesias que están en paises bárbaros." Por donde se ve que San Columbano conocia la antigüedad eclesiástica. Thierry, rey de Borgoña, respetaba mucho al santo abad, cuyos monasterios estaban en sus Estados: visitábale á menudo, y se encomendaba humildemente á sus oraciones. Pero San Columbano le reprendia su vida escandalosa, y le instaba á que abandonara sus concubinas para unirse á una muger legítima. Un dia que el rey le envió algunos manjares de su mesa, no quiso admitirlos el santo diciendo: "Escrito está que el Altísimo desecha los presentes de los impíos." A estas palabras se rompieron las vasijas y se derramaron el vino y los manjares. Los criados del rey asustados fueron á dar cuenta á su amo, quien á la mañana siguiente se presentó al santo abad prometiendo corregirse; pero no cumplió su palabra. Entonces San Columbano le amenazó con la cólera del cielo si no ponia fin á sus desórdenes. La reina Brunequilda, ofendida ya de que el santo le habia negado la entrada en su monasterio, se irritó sobremanera de estas amonestaciones, porque temia que una reina jóven le quitase su valimiento, y no perdonó diligencia para indisponer al rey con el santo abad: valióse sobre todo de la influencia de algunos obispos que ya estaban incomodados con San Columbano por la celebracion de la Pascua.

El rey Thierry le desterró á Besanzon el año 409; pero como no estaba custodiado, se volvió á Luxeuil: á poco quiso el rey obligarle á regresar á su pais. El santo abad habia resuelto no obedecer y dejar que le sacaran del lugar en que creia que le detenia la voluntad de Dios; pero viendo que su resistencia ponia en peligro á sus hermanos, se marchó voluntariamente: sintió esta separacion como si le hubieran arrancado las entrañas. Al punto fué conducido á Nantes donde habia de embarcarse: al pasar por Auxerre

predijo que dentro de tres años Clotario seria dueño de los Estados de Thierry, y repitió esta prediccion delante del obispo de Tours. Tambien obró muchos milagros en este viage, y entre otros curó á un ciego de muchos años, en Orleans. Luego que le embarcaron, como el viento rechazase la nave que debia trasportarle á Irlanda, los marineros creyeron que la causa era el cumplimiento de las órdenes dadas contra el santo abad, y le pusieron en libertad. Entonces fué á buscar á Clotario II, rey de Neustria, que recorria las costas del Océano: le dió consejos saludables para la reforma de su corte, y le anunció que dentro de tres años pasarian á su dominio los reinos de Thierry y Teodeberto. Clotario le recibió como á un ángel del cielo, y le ofreció todas las ventajas posibles para detenerle en su reino; pero San Columbano no las aceptó por no aumentar la division entre este príncipe y Thierry: solo le rogó que le diera una escolta para conducirle al reino de Teodeberto desde donde queria pasar á Italia. Al entrar en Paris halló un poseso á la puerta y le libró de los espíritus malignos. En Meaux fué recibido respetuosamente por el conde Agnerico, que se encargó de conducirle á Austrasia. El santo hombre bendijo la casa de este piadoso señor, y consagró á Dios su hija Fara, todavía muy jóven y despues célebre. Esta fundó un monasterio de que fué abadesa y que se llamó Faremonstier (monasterio de Fara). San Faron, uno de los hijos de Agnerico, despues de haber edificado al rey Clotario y su corte con su piedad, fué promovido á la silla de Meaux. Otro abrazó la vida monástica bajo la conducta de San Columbano y llegó á ser obispo de Laon. Al pasar el santo abad por el pueblo de Ussy-sur-Marne, fué recibido por un señor llamado Autario, á cuyos hijos Adon y Dadon, todavía pequeños, bendijo: éstos, así como su padre, se hicieron famosos por su santidad. Por fin, llegó á la corte de Teodeberto que le recibió con alegría. Muchos discípulos suyos de Luxeuil habian ido á reunirse con él, y el rey les prometió una morada cómoda en la frontera de sus Estados, desde donde podrian predicar la fé á los paganos. Aceptada la oferta se embarcó San Columbano en el Rin y se adelantó por la Suiza hasta el extremo del lago de Zurich. Un dia que los idólatras de aquel pais estaban reunidos al rededor de una enorme cuba de cerveza para ofrecer un sacrificio á uno de sus dioses, se acercó el santo á ellos, sopló sobre la cuba, que se hizo astillas, y luego los exhortó á abandonar aquellas supersticiones. Muchos se bautizaron, y otros que ya lo estaban, volvieron al cristianismo que habian abandonado. Pero habiendo quemado un discípulo suyo el templo de los idólatras por un exceso de celo, el santo abad tuvo que huir con sus compañeros, y se retiró á un lugar llamado Bregents cerca del lago de Constanza donde habitó tres años.

Entre tanto, estalló la guerra entre los reyes Thierry y Teodeberto; y San Columbano fué á buscar á este último y le aconsejó que se

ordenara clérigo ú entrara monge para no perder su reino y el del cielo. Ridícula pareció la proposicion al rey y á los cortesanos, quienes respondieron que jamas ningun rey merovingio habia tomado voluntariamente este partido. "Si no lo haceis de grado, respondió San Columbano, pronto lo hareis por fuerza." En efecto, vencido Teodeberto y preso por traicion, fué enviado á Brunequilda, que le hizo entrar en el estado eclesiástico, y á pocos dias mandó quitarle la vida. Tambien murió Thierry en el año 613 á pocos meses de Teodeberto, y dejó cuatro hijos de sus concubinas. Brunequilda quiso poner el cetro en poder del primogénito Sigeberto; pero el rey Clotario le declaró la guerra, se apoderó de él y de dos de sus hermanos, y á los tres les quitó la vida: tambien aprehendió é hizo perecer cruelmente á la famosa Brunequilda. Así quedó único rey de los franceses segun la prediccion de San Columbano. Hacia poco tiempo que el santo abad se habia retirado á Italia con sus compañeros, excepto San Galo, que no pudo partir por estar enfermo, y fundó un célebre monasterio cerca del lago de Constanza. Clotario envió á San Eustasio, abad de Luxeuil, en busca de San Columbano para rogarle que volviera á su reino; pero el santo anciano no quiso dejar su nueva morada, y únicamente escribió una carta al rey en que le daba consejos para corregirle de sus defectos. Clotario recibió esta carta con extremada alegría, protegió el monasterio de Luxeuil y le señaló grandes rentas. San Columbano habia sido muy bien recibido en Italia por Agilulfo, rey de los lombardos, quien le dió unas tierras de labor en un lugar llamado Bobio, donde edificó aquel un monasterio que se hizo muy célebre. Allí murió el santo abad hácia el año 615: sus reliquias obraron una multitud de milagros (1).

En el mismo año murió el Papa San Bonifacio, á quien habia escrito San Columbano acerca de los tres capítulos: fundó un monasterio en su casa, y le adjudicó grandes rentas. Su sucesor San Deusdedit no ocupó la silla mas que tres años: este es el primer Papa de quien se tienen bulas con sello de plomo. El solio pontificio estuvo vacante mas de un año, á lo menos segun la opinion mas comun. Bonifacio V, que sucedió á aquel, no fué consagrado hasta fines del año 619. Escribió, segun veremos mas adelante, al rey de Northumberland exhortándole á abrazar el cristianismo, y murió el año 625. En el mismo fué nombrado Honorio, que ocupó la Santa Sede unos trece años: edificó y reparó muchas iglesias en Roma y les hizo grandes dádivas: logró extinguir á lo menos por algun tiempo el cisma que contaba ya mas de setenta años de duracion en la provincia de Istria con motivo de los tres capítulos; pero por desgracia su conducta respecto de la heregía de los monotelitas ha mancillado su memoria (2).

(1) *Vit. S. Columb.*—*Vit. S. Gal.*—Fredeg.
(2) Anast. *Vit. Pontif.*

El rey Clotario, dueño de todas las provincias que pertenecian á los franceses, congregó un concilio nacional en Paris el año 614, y concurrieron á él setenta y nueve obispos: este es el mas numeroso que hasta aquí hemos visto en las Galias. Se hicieron quince cánones, muchos de ellos dirigidos asegurar la libertad de las elecciones episcopales. El primero declara que en lugar del obispo muerto se consagre gratuitamente al que han ya elegido el metropolitano con los obispos de la provincia y el clero y el pueblo de la ciudad, y que si acontece de otro modo por el poder de alguno ó por negligencia, sea nula la eleccion. El segundo estatuye que ningun obispo pueda elegir á su sucesor, y que nadie pueda ocupar su lugar mientras viva, á no ser que sea depuesto canónicamente ó acometido de una enfermedad incurable que le imposibilite para llenar sus funciones. El cuarto prohibe á todo juez castigar ó condenar á un clérigo sin el consentimiento de su obispo. El décimo ordena, que todas las donaciones hechas á la Iglesia por los obispos y clérigos, surtan su efecto, aunque no se hayan observado extrictamente las formalidades legales. El decimoquinto previene, que ningun judío pueda ejercer cargos ó funciones públicas sobre los cristianos, á no ser que se bautice con toda su familia. Clotario publicó un edicto para la ejecucion de los reglamentos de este concilio; pero con algunas modificaciones. Así, en cuanto á las elecciones episcopales dice, que el sugeto elegido por los obispos, el clero y el pueblo sea consagrado con el consentimiento del príncipe, y que si es sacado de la corte ó presentado por el rey, no deba ser consagrado sino en consideracion á su mérito. Ademas, se ve al fin de este edicto, que le aprobaron en el mismo concilio los obispos y la nobleza, porque el rey y sus principales oficiales asistian á los concilios para sancionar con la autoridad secular las decisiones que debian tomarse sobre asuntos mixtos que exigian el concurso de las dos potestades.

Habia en la corte de Clotario multitud de señores piadosos, muchos de los cuales han merecido ser colocados en el número de los santos. Ya hemos citado á San Faron y luego hablaremos de San Audoeno y San Eloy: tambien debemos apuntar entre los mas célebres á San Arnulfo y San Romarico. Uno y otro habian servido en la corte de Teodeberto, cuyo primer ministro era San Arnulfo, y muerto aquel rey pasaron al servicio de Clotario. San Romarico entró á poco en el monasterio de Luxeuil, y despues con el beneplácito de San Eustasio se retiró á uno de sus Estados cerca de los Vosgas, donde fundó dos monasterios, uno para mugeres y otro para hombres. El primer abad de éste fué San Amado, que habia sido algun tiempo monge en Agaune y luego anacoreta: la primera abadesa del de mugeres fué Santa Matefledis. Como este monasterio se acrecentó mucho en poco tiempo, el santo fundador estableció la salmodia perpetua y dividió la comunidad en siete coros de

doce religiosas cada uno, que alternaban para cantar sin interrupcion las alabanzas de Dios. Tal fué el orígen de la célebre abadía de Remiremont: los benedictinos de la congregacion de San Venecion ocuparon en lo sucesivo el monasterio de hombres. Apenas pasó San Arnulfo á la corte de Clotario, cuando habiendo vacado la silla de Metz le pidió el pueblo á una voz por obispo, aunque era seglar y casado. Tuvo que aceptar por fuerza esta dignidad, y su muger se retiró á Tréveris, donde tomó el velo de religiosa. Habia tenido en ella dos hijos, Angesis, que fué el tronco de los reyes carlovingios, y San Clodoardo, que llegó á ser obispo de Metz como su padre. Sin embargo, San Arnulfo era demasiado útil al monarca para que éste le permitiera ausentarse: así es que continuó despues de ser obispo residiendo en la corte de Clotario, donde ocupaba el primer lugar; pero redobló sus limosnas y austeridades. Solia pasar muchos dias sin comer: su alimento se reducia á pan y agua, y siempre llevaba un cilicio debajo de los hábitos: al mismo tiempo desempeñaba con mucho celo el ministerio pastoral, hasta que de allí á unos diez años consiguió permiso para dejar su silla y la corte, y retirarse con algunos religiosos á una soledad próxima á Remiremont, donde murió hácia el año 640. Le sucedió San Goerico, que habia servido como él en la corte de Clotario, donde trabó estrecha amistad con San Desiderio, tesorero del rey, y despues obispo de Cahors.

San Lope, arzobispo de Sens, habia permanecido fiel al príncipe Sigeberto despues de la muerte de Thierry, y Clotario, prevenido por los enemigos del santo obispo, le habia desterrado: pero desengañado despues por San Vinebaldo, abad de San Lope de Troyes, le levantó el destierro, se postró para pedirle perdon y le envió á su Iglesia con grandes presentes. Este santo arzobispo, natural de Orleans y descendiente de una familia entroncada con los reyes, era sobrino de San Aunacario, obispo de Auxerre, y sucedió á San Artemio el año 609. Entre los muchos obispos cuyas virtudes ilustraban las Iglesias de las Galias hácia esta época, solamente citaremos á San Domiolo, de Viena, San Austregisilo, de Bourges, San Beltran, de Mans, que fundó tres monasterios y dos hospitales en esta ciudad, y San Lecino, de Angers, que era pariente del rey Clotario y habia renunciado las grandezas del mundo para entrar en el clero. Se conserva un testamento de San Beltran, por el que instituye sus herederos á la iglesia catedral y otra que habia edificado en honor de San Pedro y San Pablo.

La indisciplina de un monge llamado Agrestino, turbó por este tiempo la tranquilidad del monasterio de Luxeuil: habia sido aquel secretario del rey Teodeberto, y abandonado este empleo y todos sus bienes por abrazar la vida monástica bajo la direccion de San Eustasio, y despues pidió permiso para predicar el Evangelio á los paganos de la comarca porque todavía los habia en el país de los germanos, y

San Eustasio trabajaba con fruto en su conversion. Solia Agrestino extender sus predicaciones mas allá del Rin; y habiéndose adelantado hasta la Norica ó Baviera y aun hasta la Istria, cayó en el cisma ocasionado por los tres capítulos: á su regreso quiso seducir á San Eustasio, quien despues de haber intentado en vano reducirle se vió en la necesidad de echarle del monasterio. Fué tal el despecho de Agrestino, que comenzó á desacreditar la regla de San Columbano; y como tenia relaciones con muchas personas de cuenta y señaladamente con el obispo de Ginebra, consiguió hacer algunos partidarios. El rey Clotario, que miraba con sumo respeto á San Columbano y San Eustasio, reunió varios obispos en Macon en el año 524, para tratar de poner fin á este escándalo. Las objeciones que opuso Agrestino á la regla de Luxeuil fueron frívolas, y recaian las mas sobre algunos usos particulares de los monges, tales como la forma irlandesa de su tonsura que figuraba una media corona abierta en la parte anterior de la cabeza. San Eustasio despues de responder sin dificultad á todos estos cargos, añadió: "Yo te cito en el juicio de Dios este mismo año para que defiendas tu causa." Cumplióse esta amenaza profética, y el monge rebelde que juntaba la lubricidad á los demas vicios, fué muerto de un hachazo un mes antes de concluirse el año, por un criado, en el acto de disfrutar á su muger. San Eustasio murió tambien de allí á poco tiempo, y fué elegido para sucederle San Valdeberto, su discípulo, que gobernó el monasterio de Luxeuil por espacio de cuarenta años.

Fué este un plantel de santos obispos y abades. No habiendo podido San Deícola seguir á San Columbano á Italia, fundó el monasterio de Lure en la diócesis de Besanzon. San Valerio, natural de Auvernia, despues de haber practicado algun tiempo la vida monástica en su país y en Luxeuil, pasó á la Neustria con otro monge llamado Valdoleu para predicar la fé á los idólatras, y consiguió que el rey Clotario le diese el terreno de Leucone en el territorio de Amiens, donde comenzó á edificar un monasterio pequeño. Allí murió hácia el año 622. Es de notar que tezaba dos oficios, el galicano y el de San Columbano. A poco tiempo de su muerte fueron perseguidos sus discípulos y se vieron obligados á abandonar aquel monasterio. San Blimundo, uno de ellos, se retiró hasta Bobio bajo la direccion de San Atalo; pero luego volvió á Francia, y con la proteccion de Clotario se estableció otra vez en Leucone, abolió los restos del paganismo, y reedificó el monasterio que llevó el nombre de San Valerio.

Por este tiempo fundó San Ricario el célebre monasterio de Centulo en la misma provincia, que luego llevó el nombre del santo fundador. Este, natural de la misma provincia y descendiente de una familia noble y rica, vivió primero desórdenadamente; mas convertido por dos santos sacerdotes irlandeses á quienes admitió en su casa, hizo una penitencia tan austera que no comia mas que dos ve-

ces á la semana, y entonces solo pan de cebada, en el cual echaba ceniza. No tardó en dar libertad á todos sus esclavos, y habiéndose ordenado sacerdote predicó con mucho fruto en las comarcas vecinas y llevó su celo hasta la Gran Bretaña. El rey Dagoberto venerando sus virtudes, fué á verle para encomendarse á sus oraciones y aprovecharse de sus instrucciones: el santo sacerdote le habló enérgicamente de la vanidad de las grandezas humanas y de la cuenta terrible que darán los que gobiernan. Murió en su monasterio, y sus reliquias obraron muchos milagros.

Cuéntanse cinco ilustres obispos sacados de Luxeuil por este tiempo ó algunas años mas adelante, á saber, San Chagnoaldo, de Laon, hermano de San Faron, San Acario, de Noyon, San Audomaro, de Teruana y de Boloña, San Ragnacario, de Basilea, y San Donato, de Besanzon. Este último era hijo de Vandalen duque de la Borgoña de la otra parte del Jura, y le habia sacado de pila San Columbano, quien le llamó Donato porque Dios le habia concedido á sus oraciones. Fundó en su ciudad episcopal el monasterio de San Pablo, al que dió las reglas de San Benito y San Columbano. Su madre Flavia fundó un monasterio de religiosas bajo la advocacion de nuestra Señora en la misma ciudad.

San Donato y San Chagnoaldo asistieron al concilio celebrado en Reims el año 625: concurrieron á él mas de cuarenta obispos de todas las provincias de las Galias. Confirmáronse los cánones del concilio de Paris celebrado diez años antes, y se hicieron otros muchos sobre diversos puntos de disciplina. Prohibe, pena de excomunion, sacar de las iglesias á los que buscan asilo en ellas, á no ser que se les prometa con juramento no quitarles la vida, ni mutilarlos, ni ponerlos en el tormento; pero tambien ha de prometer el refugiado antes de recobrar la libertad, que cumplirá la penitencia canónica señalada á su crímen. El que cometa homicidio voluntario quedará excomulgado toda la vida; y si hace penitencia recibirá el viático á la hora de la muerte. Se prohibe observar los agüeros ó las ceremonias de los paganos, asistir á sus sacrificios ó comer manjares ofrecidos á los ídolos: los que lo hagan despues de amonestados, quedarán sujetos á la penitencia. Se veda á los jueces seculares imponer cargas públicas á los clérigos, ó condenarlos á alguna pena sin el consentimiento del obispo. Se prescribe que solo se excomulgue por razones legítimas, y se añade que el concilio de la provincia juzgará de la validez de la excomunion. Por último, despues de algunos otros reglamentos que nada ofrecen de notable, se manda que no se consagre ningun obispo que no sea nacido en el pais y haya sido elegido por los votos del clero, del pueblo y de los obispos de la provincia. Ya se ha visto que esta regla era recomendada y observada por San Gregorio el Grande, y se cuenta que San Galo, elegido para el obispado de Constanza, no le admitió, dando por principal razon su calidad de extrangero. Entre los obispos del

concilio de Reims pueden señalarse como los mas célebres, San Arnulfo, de Metz, San Sulpicio el piadoso, arzobispo de Bourges, San Sindulfo, de Viena, y San Cuniberto, de Colonia. El rey Clotario habia pedido á San Sulpicio antes que fuese promovido al obispado para que desempeñara el cargo de abad en sus ejércitos: lo que manifiesta que los reyes llevaban monges en su comitiva para celebrar el oficio divino. San Cuniberto fué ministro del rey Dagoberto y de Clodoveo II su sucesor.

Clotario II murió el año 628: seis antes habia dado el reino de Austrasia á su hijo Dagoberto, que gobernó con mucha equidad y sabiduría por los consejos de Pipino, ministro de palacio, y de San Cuniberto, obispo de Colonia. Pero habiendo quedado dueño Dagoberto de toda la monarquía por muerte de su padre, se condujo mas bien como pagano que como cristiano, á pesar de algunas obras exteriores de religion. Oprimió á sus vasallos y aun saqueó las iglesias por aumentar su tesoro, y se abandonó sin reserva á las pasiones mas vergonzosas. Tuvo tres mugeres á un tiempo con el título de reinas, y tan gran número de concubinas, que no se han contado: mandó recopilar y redactar mas correctamente las leyes de todos los pueblos bárbaros sujetos á su obediencia, es decir, de los francos, así salios como ripuarios, de los bávaros y de los alemanes. Estas diversas leyes no establecian otras penas que multas y composiciones pecuniarias para todos los crímenes cometidos contra particulares, aun para los homicidios. Así se arregla la composicion que se debe por la muerte de los obispos, de los sacerdotes y de los demas clérigos. Se da el derecho de asilo á las Iglesias en favor de los culpables ó de los siervos, y se castiga á los que le violan con una multa para la iglesia y para el príncipe. La observancia del domingo se prescribe so pena de castigo corporal para los siervos, y de servidumbre para los hombres libres despues de tres correcciones. Se ve que los siervos de la Iglesia, ademas de pagar diezmo, trabajaban por carga onerosa la mitad de la semana, es decir, tres dias para la Iglesia y tres para ellos. Dagoberto murió á principios del año 638, y fué enterrado en la Iglesia de San Dionisio, que luego se hizo sepultura ordinaria de los reyes de Francia. Habia adornado ricamente esta iglesia y aumentado los edificios del monasterio: tambien le habia donado tierras considerables, y establecido la salmodia perpetua á ejemplo del monasterio de Agaune. Este rey dejó dos hijos, Sigeberto II, á quien habia nombrado ya rey de Austrasia, y Clodoveo II á quien tocaron los reinos de Neustria y Borgoña (1).

Los vicios de Dagoberto hicieron brillar con mas vivo resplandor las virtudes de San Eloy y de San Audoeno, que pasaron de la corte de Clotario á la de este príncipe. San Eloy habia nacido cerca

(1) Fredeg. cap. LVIII et seqq.

de Limoges hácia el año 568, de una familia cristiana y sin duda romana, como lo manifiesta su nombre latino Eligio y el de su padre Euquerio. Sus padres le instruyeron esmeradamente en la religion, y observando mucha aplicacion en él, le entregaron á un platero, director de la casa de moneda en Limoges, que le enseñó su arte en poco tiempo. A la edad de treinta años tuvo que ir por algunos negocios á la corte de Clotario II que estaba entonces en Paris. El tesorero del rey le tomó bajo su proteccion, y le dedicó á trabajar en la moneda y en las demas obras de su profesion. Queriendo el rey hacer una silla magnífica, adornada de oro y piedras preciosas, y no encontrando operarios en palacio que pudiesen ejecutar su idea, indicó el tesorero á Eloy, á quien mandó el rey dar la cantidad de oro y piedras que se juzgaban necesarias. Eloy se puso á trabajar al instante y llevó dos sillas en vez de una. A vista de la primera admiró Clotario la habilidad del artífice; pero le asombró mucho mas su fidelidad cuando vió la segunda. Notando mucha discrecion en sus respuestas, le hizo partícipe de su confianza y le nombró director de la moneda. Para ganarle mas, quiso el rey que prestara el juramento de fidelidad; pero Eloy, temiendo jurar sin necesidad, no podia resolverse á ello; y como Clotario insistia y Eloy pensaba que ó habia de ofender á Dios ó desagradar al rey, se puso á llorar. Sus lágrimas conmovieron á éste, y dijo que esta delicadeza de conciencia le aseguraba mas de su fidelidad que todos los juramentos que pudiera haber hecho. Cuando llegó Eloy á edad mas madura, queriendo tranquilizar su conciencia, repasó en la amargura de su corazon su conducta desde la niñez, é hizo una confesion de toda su vida á los piés de un sacerdote: este es el primer ejemplo que se halla de una confesion general. Muerto Clotario, gozó tan gran favor con el rey Dagoberto, que á veces se grangeó la envidia y el ódio de los malos, cuyos designios contrariaba. Continuaba trabajando en su arte, y todavía se ve su nombre en muchas monedas de oro acuñadas en Paris, bajo los reinados de Dagoberto y su hijo Clodoveo. Tenia un esclavo sajon á quien instruyó en la virtud, y que se hizo célebre con el nombre de San Tealdo. Tambien se nombra entre sus criados á Banderico, su liberto; Tituano, su ayuda de cámara, que fué mártir; Buchino, que habia sido pagano y fué abad de Ferriere; Andrés, Martin y Juan, que por sus diligencias entraron en el clero. San Eloy cuando trabajaba tenia delante un libro abierto para ocupar al mismo tiempo su espíritu y nutrir su corazon de las verdades santas de la religion. En su aposento se veian algunos libros colocados sobre tablas, principalmente las Santas Escrituras con las explicaciones de los santos Padres. Muchos de sus criados cantaban con él las horas canónicas del dia y de la noche. En medio de su habitacion habia colgadas muchas reliquias, ante las cuales se postraba sobre un cilicio para orar, y á veces pasaba así toda la noche. Interrumpia á menudo su lectura para levantar los ojos al cielo, suspirar y derramar lágrimas, porque estaba penetrado del espíritu de compuncion. Aun cuando le llamara el rey, no dejaba sus ejercicios de piedad hasta concluirlos. Jamas salia de su aposento sin hacer oracion y la señal de la cruz, y al volver lo primero era implorar el auxilio divino.

Al principio llevaba vestidos magníficos, y á veces todos de seda, aunque todavía era rara, porque el uso de los gusanos de seda no vino de las Indias hasta mediados del siglo VI. Tenia ceñidores y bolsas guarnecidas de oro y piedras preciosas. Pero luego que hizo mayores progresos en la virtud, dió todos aquellos adornos á los pobres, y vestia tan sencillamente, que muchas veces le servia una cuerda de ceñidor. Sus limosnas eran cuantiosísimas: repartia todo lo que recibia de la liberalidad del rey, y mantenia todos los dias una multitud de necesitados á quienes servia por sí. No comia carne ni bebia vino, y solia ayunar dos ó tres dias seguidos. Tenia una devocion particular á rescatar los cautivos: iba á donde vendian esclavos, y compraba á veces cincuenta y ciento á un tiempo, sobre todo sajones, que eran vendidos á manadas. Restituíales la libertad y les daba á escoger, ó volverse á sus casas ó quedarse con él y entrar en monasterios. Fundó dos célebres: uno en Solignac, cerca de Limoges, donde puso monges traidos de Luxeuil, y en poco tiempo llegaron á juntarse hasta ciento y cincuenta de diferentes paises, que ejercian varios oficios y vivian con grande regularidad. San Eloy queria retirarse á él; pero la Providencia le destinaba á otra parte. Fundó otro monasterio para mugeres en Paris en la casa que le habia dado el rey: allí estableció una disciplina rigorosísima, reunió hasta trescientas religiosas, y nombró abadesa á Santa Aura. Este monasterio subsistió mucho tiempo con el nombre de San Eloy, y en lo sucesivo se unieron las rentas á la mesa episcopal de Paris, y se dió la casa á los clérigos regulares barnabitas. San Eloy hizo un cementerio para las religiosas fuera de la ciudad, con una iglesia dedicada á San Pablo, que se ha convertido en una gran parroquia. Empleó su arte para adornar de oro y pedrería las urnas de muchos santos, entre otros, de San German, de Paris, de San Dionisio, de San Martin, de Tours, de Santa Genoveva, de San Quintin y de San Severino. San Eloy tenia el don de milagros, y obró muchísimos de los mas patentes. En Paris curó á un cojo que lo era hacia muchos años, y restituyó la vista á un ciego que le pidió que hiciese la señal de la cruz sobre él. Todavía era seglar y ya tenia la autoridad y celo de un obispo: descubrió á muchos impostores que engañaban á la gente sencilla, é hizo que un concilio de Orleans condenara á un hereje que corrompia la fé de los fieles.

Muerto San Acario, obispo de Noyon, fué elegido San Eloy para sucederle. Las diócesis de Noyon y de Tournay se habian unido en tiempo de San Medardo mas de cien años antes, y dependian de

ellas la Flandes y los paganos de Gante y de Courtray. Muchísimos pueblos de estos eran todavía gentiles, y mostraban extremada aversion al cristianismo: esta era la principal razon que movia á darles un pastor tan celoso como San Eloy. Cuando él vió que no podia de ninguna manera rehusar el obispado, quiso á lo menos observar las reglas y no permitió consagrarse hasta que hizo algun tiempo la vida clerical. Fué consagrado obispo el año 640, y entonces brillaron con nuevo esplendor todas sus virtudes, manifestándose particularmente su celo en la conversion de los infieles. Visitaba con diligencia las ciudades de su vasta diócesis y todos los pueblos que no habian recibido aún el Evangelio, los flamencos, los habitantes de Amberes, los frisones, los suevos y otros hasta el mar. Al principio eran como unas fieras dispuestas á despedazarle; pero él no deseaba otra cosa que el martirio: luego, considerando aquellos bárbaros su bondad, su dulzura, su vida pobre y frugal, comenzaron á admirarle y acudieron con anhelo á oir sus instrucciones. El santo obispo inclinaba con sus discursos aquellos entendimientos groseros al amor de las cosas celestiales. Por Pascua bautizaba anualmente una multitud de los que habia ganado en el curso del año; y entre una porcion de niños se veia acercarse á la sagrada pila hombres y mugeres en el último periodo de su vida, y recibir la túnica blanca de los neófitos. Pero su celo experimentó á veces contradicciones hasta de los mismos fieles, que le afligieron sin desalentarle. Un dia de San Pedro predicando en una parroquia inmediata á Noyon, habló terriblemente contra los bailes y otras diversiones criminales ó peligrosas: los habitantes se amotinaron y resolvieron quitar la vida á su obispo antes que dejar sus costumbres. San Eloy lo supo, y lejos de amedrentarle los perversos designios de aquellos, volvió allá y predicó todavía con mas fuerza contra tales desórdenes, resuelto á verter su sangre si era preciso: su celo fué pagado con injurias y ultrajes. Por último, viendo que no adelantaba nada con sus predicaciones, empleó la autoridad y fulminó excomunion contra aquel pueblo indócil. Poco tardaron muchos de sus habitantes en sentir la cólera divina con castigos manifiestos que cambiaron favorablemente sus disposiciones.

San Eloy, extenuado por sus continuos afanes, fué acometido de una fiebre que poco á poco debilitó sus fuerzas, y Dios le avisó que se acercaba su última hora. La víspera de morir dirigió un discurso muy tierno á sus criados y discípulos, exhortándolos á adelantar cada dia en los sentimientos de piedad que habia procurado inspirarles, y señaló á cada uno en particular los mejores monasterios á donde debian retirarse. Al dia siguiente, 1º de Setiembre del año 659, despues de haberlos abrazado, murió encomendando su alma á Dios. Tenia setenta años y algunos meses, y llevaba cerca de veinte años de obispo. Con la noticia de su enfermedad habia salido de Paris la reina Batilde con sus hijos, los grandes de la corte

y un séquito numeroso, y llegó al dia siguiente de la muerte de San Eloy por la mañana. Inmediatamente dió órden de hacer los preparativos para la traslacion del cadáver al monasterio de Chelles: otros querian trasportarle á Paris; pero el pueblo de Noyon se opuso fuertemente, y hubo que dejarle las reliquias de su pastor (1).

San Audoeno, llamado tambien Dadon, era hijo de Autario, señor franco establecido en Brie, que recibió á San Columbano en su casa. Desde sus primeros años entró con su hermano Adon en la corte del rey Clotario, y habiendo contraido estrecha amistad con San Eloy, concibió como éste un soberano desprecio á las vanidades mundanas, y resolvió juntamente con su hermano consagrarse del todo á Dios. Adon lo ejecutó de allí á algun tiempo y fundó el monasterio de Jouarre, sobre el Marne, donde estableció una comunidad numerosa bajo la regla de San Columbano, y allí se retiró él. Tambien fundó un monasterio de religiosas, cuya primera abadesa fué Santa Teodechilda, hermana de San Agilberto, obispo de Paris: todavía subsistia este monasterio en el último siglo. San Audoeno tuvo gran valimiento en la corte del rey Dagoberto, cuyo canciller llegó á ser, y se conservan documentos originales firmados de su puño como tal. Consiguió que el rey le diera un terreno en los bosques de Brie, donde fundó un monasterio con intencion de abrazar la vida religiosa; pero no lo consintieron ni el monarca ni sus grandes. Asistió á la consagracion de la iglesia de este monasterio que hicieron San Faron y San Amando, y por consejo del primero puso los ojos en San Agilo, discípulo de San Columbano, para gobernar la nueva comunidad. Pero los monges de Luxeuil querian conservar á San Agilo para nombrarle su abad, al mismo tiempo que las ciudades de Metz, Langres y Besanzon deseaban tenerle de obispo; de modo que fueron necesarios todo el valimiento de San Audoeno y la autoridad del rey para ponerle en Rebais, cuyo abad fué nombrado por un concilio que se celebró en Clichy el 1º de Mayo del año 636. Muerto San Roman, arzobispo de Ruan, fué elegido á una voz San Audoeno para sucederle; mas quiso como San Eloy pasar por las diferentes órdenes clericales, y recibió con él la consagracion episcopal en la ciudad de Ruan, cuya silla ocupó cuarenta y tres años (2). Tuvo muchos discípulos célebres, que daremos á conocer mas adelante: tambien hablaremos de San Audomaro y San Amando, que trabajaron mucho tiempo con tanto fruto como celo en la conversion de los idólatras de Flandes y los Paises-Bajos.

En España sucedió al rey Recaredo su hijo Liuva, que aunque jóven, prometia mucho por su buena índole; pero no reinó mas que dos años. Rebelóse Witerico, le despojó del reino, mandó cortarle la mano derecha y luego quitarle la vida, y usurpando el cetro de

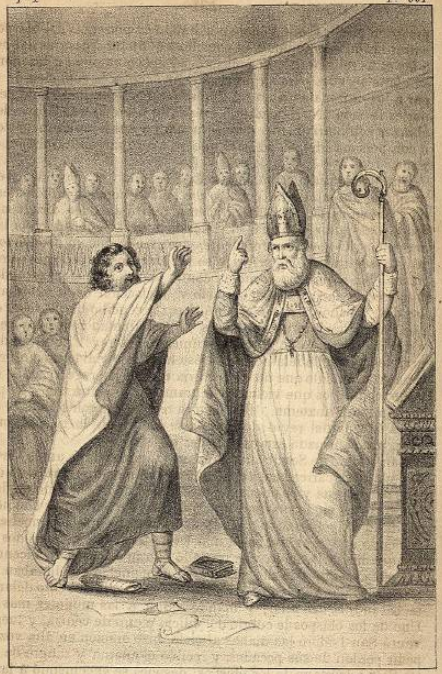
(1) *Vit. S. Elig.*
(2) *Vit. S. Audoen. et S. Agil.*

los godos reinó siete años. A su muerte fué reconocido rey Gundemaro, que declaró á la ciudad de Toledo residencia de los monarcas godos y metrópoli de toda la provincia cartaginense. Durante casi todo el siglo VII fué bastante próspero el estado de la Iglesia en España: se celebraron muchos concilios, y se fundaron gran número de monasterios. A Gundemaro sucedió Sisebuto, bajo cuyo reinado se celebró el segundo concilio de Sevilla en el año 619. Asistieron á él ocho obispos, y el primero era San Isidoro, arzobispo de Sevilla: estaba presente todo el clero de la ciudad y dos seglares con el título de ilustres. Los decretos de este concilio se dividen en trece capítulos, segun las materias; pero no hubo mas que tres sesiones: son reglamentos generales con motivo de diferentes asuntos particulares. Se determina que haya lugar á la prescripcion de treinta años, segun las decisiones pontificias, entre dos obispos que disputen la posesion de algunas iglesias particulares. Ningun obispo podrá destituir á un presbítero ó diácono sino en un concilio. Se reservan á solos los obispos muchas funciones, algunas de las cuales se comunican hoy á los sacerdotes. Se decide que los obispos no puedan administrar los bienes de la Iglesia sin tener un ecónomo por testigo de su conducta. Se nota que los clérigos se distinguian de los seglares en el trage. Prohíbese á los obispos suprimir ningun monasterio, ni despojarlo de sus bienes. Los monasterios de religiosas serán gobernados por monges; pero las habitaciones de éstos estarán distantes. El abad solo visitará el monasterio, y no podrá hablar mas que á la superiora en presencia de dos ó tres monjas; de modo que las visitas sean raras y las conversaciones breves.

Sisebuto murió el año 621, y le sucedió su hijo Recaredo II que reinó solo tres meses. A su muerte dieron los godos la corona á Suintila, que al principio se hizo amar por sus grandes acciones, porque acabó de arrojar á los romanos de España, y la reunió toda bajo su dominacion. Pero en el año 625 habiendo dado á reconocer como rey á su hijo Ricimeno, todavía niño, se atrajo el ódio de los grandes, y Sisenando, uno de estos, ayudado por Dagoberto, rey de Francia, se alzó con la corona el año 631. Suintila fué depuesto á los diez de reinado. Sisenando para afirmar su dominacion, dispuso que el cuarto concilio de Toledo prohibiera por su último cánon que nadie excite sediciones, ni usurpe el reino. "Cuando muera el príncipe, añade este cánon, los grandes de toda la nacion con los obispos le darán un sucesor." Por estas palabras se ve que el reino de los godos era electivo, y que los obispos tomaban parte en la eleccion. Este cuarto concilio de Toledo se celebró el año 633, y asistieron á él sesenta y dos obispos, presididos por San Isidoro de Sevilla: habia tambien otros cinco metropolitanos, á saber, los de Narbona, Mérida, Braga, Toledo y Tarragona, porque este concilio era nacional y comprendia toda España y la parte de la Galia sujeta á los godos. Era entonces arzobispo de Toledo San Julian muy célebre por su santidad. Ademas de los sesenta y dos obispos concurrieron siete diputados de los ausentes. Luego que estuvieron todos congregados en la iglesia de Santa Leocadia, entró el rey Sisenando con algunos señores; y habiéndose postrado en tierra delante de los obispos, los conjuró con lágrimas que rogaran á Dios por él. Despues los exhortó á conservar los derechos de la Iglesia y á corregir los abusos. Los Padres hicieron setenta y un cánones: el primero de ellos es una profesion de fé en que se prueban los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion contra las principales heregías, y se dice expresamente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Se censura fuertemente la negligencia de los obispos en celebrar concilios como la causa primordial de la relajacion de la disciplina, y se manda congregarlos á lo menos una vez al año. Si se trata de la fé ó de un asunto comun, el concilio será general de toda España y la Galia: en cuanto á los asuntos particulares, se celebrarán los concilios en cada provincia en el lugar señalado por el metropolitano hácia mediados de Mayo.

La forma observada en la celebracion de los concilios se marca circunstanciadamente en este; lo que no se encuentra en otra parte, y no debe dudarse que venia de una antigua tradicion. A la primera hora del dia se hará salir toda la gente de la iglesia y se cerrarán las puertas. Todos los porteros estarán á aquella por donde deben entrar los obispos, que entrarán todos juntos, y tomarán asiento segun la antigüedad de su consagracion: despues de los obispos deben entrar los presbíteros y tras de éstos los diáconos. Los obispos se sentarán á la redonda, los presbíteros detras de ellos, y los diáconos de pié delante de los obispos. Tambien entrarán los seglares que el concilio juzgue dignos, y los notarios para leer y escribir lo que sea necesario, y se guardarán las puertas. Luego que los obispos hayan ocupado su lugar, dirá el primero de los diáconos: Orad: é inmediatamente se postrarán todos en tierra, orarán y meditarán un rato en silencio: un obispo de los mas antiguos se levantará para hacer una oracion en alta voz, y los otros continuarán postrados. Concluida la oracion y habiendo respondido todos *Amen*, dirá el primer diácono: Levantaos; y todos se levantarán y guardarán un profundo silencio. Entonces un diácono revestido de alba llevará el libro de los cánones en medio de la asamblea, y leerá los que hablan de la celebracion de los concilios. En seguida el obispo metropolitano exhortará á los que tienen algun asunto, que le propongan, y no se pasará á uno nuevo sin haber zanjado el primero. Si alguno de fuera, clérigo ó seglar, quiere dirigirse al concilio, manifestará su asunto por el arcediano de la metrópoli, y entonces se le permitirá la entrada. Ningun obispo saldrá de la sesion hasta que se concluya, ni se separará del concilio hasta que todo esté terminado, para que pueda firmar las decisiones.

Por el segundo cánon se manda que no haya diversidad de oficios en las Iglesias particulares, porque no parezca á los hombres groseros que es un cisma. "Así, añaden los Padres, observaremos un mismo órden de rezar y salmodiar en toda España, y una misma forma para la celebracion de la misa y para los oficios de la noche y la mañana." San Isidoro era el alma de este concilio, y se ve por sus escritos cuán instruido estaba en los oficios eclesiásticos: así se le mira como el autor principal de la antigua liturgia de España llamada despues mozárabe; sin embargo, él mismo manifiesta que su hermano San Leandro habia trabajado mucho en ella. Para evitar la diversidad de las ceremonias hace el concilio muchos reglamentos. Manda que los metropolitanos avisen á sus comprovinciales del santo dia de Pascua, y que todos la celebren en uno mismo. Se administrará el bautismo con una sola inmersion, para que no parezca que se aprueba á los arrianos que hacian tres. Las iglesias no estarán cerradas el viernes santo, sino que se celebrará el oficio, se instruirá al pueblo sobre la pasion de nuestro Señor, y se le exhortará á pedir perdon de sus pecados en alta voz. En todas partes se bendecirá el cirio la víspera de Pascua, para honrar la santa noche de resurreccion. No se cantará *alleluia* en toda la cuaresma, porque es un tiempo de tristeza y penitencia. Se ve por uno de los cánones de este concilio, que se administraba la comunion á cada uno en su puesto como en Roma: los presbíteros y diáconos la recibian delante del altar, y los otros clérigos en el coro. El concilio manda decir la oracion dominical todos los dias en el oficio público y particular, y prueba esta obligacion con la autoridad de San Cipriano, de San Hilario, y de San Agustin. Desde Pascua hasta Pentecostes se leerá el libro del Apocalipsis. Los diáconos llevarán un *orario* ó estola y no dos, y no tendrá adorno de oro ni de ningun color. La tonsura de todos los clérigos será igual, es decir, la cabeza afeitada por arriba con un cerquillo. Se renuevan las reglas concernientes á las elecciones de los obispos, particularmente en cuanto á la libertad de los sufragios, y se expresan todas las irregularidades. Se prescribe á los obispos, presbíteros y diáconos que tengan *sincelas*, es decir, personas edificantes que duerman en su aposento y sean testigos constantes de sus acciones. Los clérigos jóvenes habitarán juntos y bajo la inspeccion de un anciano prudente. Los que hayan consultado á los augures, arúspices ú otros adivinos, serán depuestos y encerrados en un monasterio á hacer penitencia. En el cánon veintiocho se ven las insignias distintivas que recibian los clérigos al ordenarse: para los obispos era el *orario* ó estola, el anillo y el báculo pastoral: para los presbíteros el *orario* y la casulla: para los diáconos el *orario* y el alba; y para los subdiáconos la patena y el cáliz. Queda prohibido inscribir en el clero á los que públicamente se hayan confesado culpables de un pecado mortal. Habia todavía viudas consagradas á Dios por una



SAN ISIDORO ARZOBISPO DE SEVILLA.

profesion pública, que tomaban el hábito en presencia del obispo sin entrar en una comunidad: el concilio les prohibe casarse así como á las otras religiosas. Los obispos no deben emplear á los monges en obras serviles para su provecho, ni aceptar la comision de juzgar á los criminales, á no ser que se prometa con juramento perdonarles la vida. No se forzará á los judíos á profesar la fé que deben abrazar voluntariamente; pero se pondrá á sus hijos en monasterios ó con personas de piedad para que se instruyan en la religion cristiana.

Chintila sucedió á su hermano Sisenando el año 636, y en el mismo asistió al quinto concilio de Toledo con los principales señores de su corte. En él se hicieron nueve cánones dirigidos casi todos á asegurar y afirmar el poder de aquel. Se recomienda la observancia del concilio precedente, y se manda que su decreto tocante á la seguridad del príncipe se lea en todos los concilios de España. Se pronuncia anatema contra los que quieran ascender al trono sin la aceptacion del pueblo y la eleccion de la nobleza. A los diez y ocho meses se celebró el sexto concilio de Toledo, en el que habia cuarenta y dos obispos y cinco diputados de los ausentes. En él se decretó con el consentimiento del rey Chintila y de los grandes, que en adelante no subiese ningun rey al trono sin prometer con juramento que no consentiria ningun herege ni infiel en el reino: contra los que violen este juramento y contra sus cómplices se fulminará anatema. Tambien se renovó la prohibicion de atentar á la vida del rey ó de conjurarse contra él; lo que demuestra cuán poco afirmado estaba el poder real.

San Isidoro de Sevilla habia muerto algun tiempo antes, despues de una larga carrera episcopal, que no fué mas que una serie de tareas apostólicas y de buenas obras. Cuando vió próximo su fin aumentó de tal modo sus limosnas, que durante seis meses acudió una multitud de pobres á su casa desde la mañana hasta la noche. Conociendo que se agravaba su mal, salió de su morada con dos obispos que habia llamado, y se trasladó á la iglesia de San Vicente con numeroso séquito de clérigos, religiosos y pueblo que lloraban á gritos. Llegado á la iglesia, se mantuvo en medio del coro delante de la barandilla del altar, y mandó retirar á las mugeres mas lejos. Uno de los obispos le cubrió del cilicio y otro de ceniza, y luego levantó San Isidoro las manos al cielo, hizo oracion en alta voz para pedir perdon de sus pecados, y recibió el cuerpo y sangre de nuestro Señor de mano de los obispos; despues se encomendó á las oraciones de todos los asistentes, les pidió perdon, condonó las deudas á sus deudores, recomendó á todos la caridad mútua, y mandó distribuir á los pobres el dinero que le quedaba. Esto era el sábado santo: habiendo vuelto á su casa, murió de allí á cuatro dias, el 4 de Abril del año 636.

San Isidoro ha dejado muchos escritos sobre diferentes materias.

El mas considerable, y al mismo tiempo el mas celebre, es un tratado de los orígenes ó etimologías, compuesto á instancias de Braulio, obispo de Zaragoza, que le concluyó y dividió en veinte libros, porque San Isidoro le habia dejado imperfecto. Trata de casi todas las artes y de todas las ciencias, comenzando por la gramática y las demas artes liberales. Limítase á algunos principios generales, y no da á veces mas que breves definiciones acompañadas de etimologías, que no siempre parecen acertadas; pero se aprende el verdadero sentido de muchas palabras griegas y latinas, cuya tradicion era aún viva.

La obra mas útil con respecto á la disciplina es la de los oficios eclesiásticos, en que describe todas las horas y todas las partes del oficio, que son las mismas que hoy, y atribuye los himnos de él á San Hilario y San Ambrosio. Expone tambien el órden de las oraciones del sacrificio segun se hallan en la misa mozárabe, que es la antigua liturgia de España. Comienza como la nuestra por el *Introito* con algunos versículos del Salmo, en seguida el *Gloria in excelsis*, excepto en adviento y cuaresma, y la primera oracion, luego una profecía ó leccion del antiguo Testamento, el gradual, la epístola y el Evangelio, despues del cual se canta *alleluia*. Entonces se hace la ofrenda que el sacerdote acompaña con algunas oraciones semejantes á las nuestras, y se canta el ofertorio: hasta aquí llega la misa de los catecúmenos. El sacerdote se lava las manos y dice la oracion secreta, saluda al pueblo, y lee en alta voz la oracion, que es el principio de la misa de los fieles. Esta es una exhortacion al pueblo para celebrar santamente la fiesta, y luego dice tres veces el pueblo *Agios*, esto es, Santo, en griego. San Isidoro añade: "Nuestros obispos, á saber, el Papa de Roma y los otros, presentan su ofrenda á Dios por sí, por su clero y por su pueblo. Todos los sacerdotes, los diáconos, los clérigos y el pueblo ofrecen tambien haciendo memoria de los santos apóstoles y mártires. Entonces se rezan sus nombres. El sacerdote pide luego por los vivos y por los difuntos. La cuarta óracion es por la paz: el sacerdote exhorta á los asistentes á una union perfecta, y al punto se da el santo ósculo. Despues con las manos extendidas pronuncia en alta voz la oracion que corresponde á nuestro prefacio, y al fin de ella se dice *Sanctus* como entre nosotros. El sacerdote se inclina y dice las oraciones de la consagracion que llamamos el cánon, reza la antífona para la fraccion de la hostia, y teniéndola sobre el cáliz para enseñarla al pueblo, dice: "Profesemos de boca lo que creemos de corazon." Entonces canta el coro el símbolo de Constantinopla. Entre tanto el sacerdote rompe la hostia en nueve partículas que coloca en la patena en forma de cruz: cada una tiene el nombre de un misterio, á saber, Encarnacion, Natividad, Circuncision, Aparicion ó Epifanía, Pasion, Muerte, Resurreccion, Gloria y Reino. En seguida el sacerdote hace conmemoracion de los vivos y dice el *Pater noster:* á

la mayor parte de las peticiones responde el pueblo *Amen*. El sacerdote pone en el cáliz la partícula llamada *Reino*, diciendo: "Las cosas santas son para los santos," y denotando como nosotros la union del cuerpo y la sangre. Inmediatamente da la bendicion, semejante á nuestras bendiciones episcopales de los dias solemnes: toma la partícula llamada *Gloria*, y teniéndola sobre el cáliz hace conmemoracion de los difuntos. Consume esta partícula y luego todas las demas y la sangre preciosa. Se canta la antífona de la comunion, y en seguida el sacerdote dice una oracion, y el diácono despide al pueblo. Tal es la misa mozárabe, que no se celebra ya mas que en una capilla de Toledo.

El libro de los oficios de San Isidoro contiene tambien otros puntos notables de disciplina. "En toda la Iglesia, dice, se recibe la Eucaristía en ayunas, y el vino debe mezclarse con el agua. Los que han muerto á la gracia por el pecado, deben hacer penitencia antes de acercarse á aquella. Los otros no deben alejarse mucho tiempo de ella; pero los casados deben guardar continencia algunos dias antes de la comunion. En toda la Iglesia se ofrece el sacrificio por los difuntos; lo que prueba que es una tradicion apostólica." Indica en este tratado, que las fiestas de la Iglesia, son ademas del domingo, Natividad, Epifanía, Ascension, jueves, viernes y sábado santo, la dedicacion de las iglesias y las fiestas de los apóstoles y de los mártires. "Nosotros celebramos, dice, las fiestas de los mártires para animarnos á imitarlos y para encomendarnos á sus oraciones; pero no los honramos con el culto de latría que solo conviene á Dios: por eso no les ofrecemos el sacrificio." Habla de los *corepíscopos*, que todavía subsistian como vicarios de los obispos en el campo con la potestad de ordenar lectores, subdiáconos y exorcistas. Dice que los presbíteros y diáconos no hacen penitencia sino delante de Dios, y los otros la hacen públicamente. Se concede la penitencia al fin de la vida, aunque se tenga por sospechosa. Los penitentes se dejan crecer la barba y el cabello, se postran sobre el cilicio, y se cubren de ceniza. San Isidoro cuenta entre los ayunos de la Iglesia las cuatro témporas de Pentecostes y del mes de Setiembre ademas de la cuaresma; pero no habla de las de Diciembre, sin embargo que se observaban en Italia desde el tiempo de San Leon. Mas señala otros dos ayunos que no observamos ya, el uno á 1.° de Noviembre y el otro á 1.° de Enero, á fin de abolir las comilonas supersticiosas que celebraban los paganos en honor de Jano. Nota tambien que el ayuno del viernes era universal, y que los mas agregaban el sábado: nosotros hemos reducido este ayuno á la abstinencia. Por último, San Isidoro observa que los usos de las Iglesias son diferentes sobre muchos puntos, y que cada uno debe conformarse con la disciplina de aquella en que vive.

Tambien tenemos una regla que compuso San Isidoro para el monasterio de Honori. Por ella vemos cuánto amaba el santo pre-

lado la vida monástica, y puede servirnos para la inteligencia de las otras reglas, y sobre todo de la de San Benito. San Isidoro quiere que la clausura del monasterio sea rigorosa, y que esté lejos de él la granja: que las celdas de los religiosos estén cerca de la iglesia, la enfermería mas distante y el jardin dentro del cercado. Los novicios serán probados tres meses en la hospedería. Darán todos sus bienes á los pobres ó al monasterio, y prometerán por escrito permanecer en la casa. Aquellos que sus padres hayan dado al monasterio, quedarán obligados para siempre. Se admitirán los esclavos si lo consiente su amo, y á los hombres casados, con tal que la muger haga voto de continencia. Todos los años por Pentecostes, harán los monges una declaracion de que nó guardan nada propio. Todos los monges están sujetos al trabajo de manos segun el precepto de San Pablo y el ejemplo de los patriarcas. Cada uno debe trabajar, no solamente para su subsistencia, sino para la de los pobres. Los que están robustos y no trabajan, pecan doblemente por la ociosidad y el mal ejemplo. Esta regla prescribe unas seis horas de trabajo y tres de lectura al dia. Los monges trabajarán en la huerta y en la cocina, y dejarán los edificios y el cultivo de las tierras á los siervos. El abad debe ser de edad madura y experimentado en el ejercicio de todas las virtudes, y ha de practicar el primero todo lo que prescriba á los demas. Tendrá conferencia tres veces á la semana despues de tercia, y comerá siempre en comunidad sin ninguna distincion y tan pobremente como los otros. El alimento de los monges consistirá en yerbas y legumbres, y los dias solemnes podrán á veces usar de carnes ligeras, es decir, de aves: tambien se permite un poco de vino: pero cada cual podrá abstenerse de él así como de la carne. Se comerá desde Pentecostes hasta principios de otoño, y el resto del año solo habrá cena: en la cuaresma se ayunará á pan y agua. Los monges no llevarán ropa blanca, y no afectarán ni limpieza ni negligencia en sus vestidos. Dormirán todos en la misma sala, si es posible, ó á lo menos diez en un mismo dormitorio que deberá estar alumbrado toda la noche. Esta regla enumera largamente las faltas, ya graves, ya leves, y castiga éstas con una separacion de la comunidad por espacio de tres dias, y deja el castigo de las otras á la discrecion del abad. Prohibe expulsar á un monge por ninguna falta, á fin de no exponer su salvacion á mayores peligros: pero se le obligará á hacer penitencia en el monasterio. Señala circunstanciadamente las funciones de cada oficio: el paborde era como un procurador para los asuntos de fuera: el sacristan cuidaba de la iglesia: otro del vestuario y de los muebles: el portero de los huéspedes: el cillero de las provisiones de boca, de los graneros y del ganado: los semaneros del servicio de mesa: otro de las labores del huerto: otro de instruir á los niños dados al monasterio, y otro de distribuir las limosnas. Es tambien de notar en esta regla que se debe ofrecer el sacrificio por los muertos antes de enterrarlos, y cada año al dia siguiente de Pentecostes por todos los difuntos. Habia en la provincia de Sevilla gran número de monasterios recien fundados: San Isidoro hizo que se decretara en el segundo concilio de aquella ciudad que no fuese lícito á los obispos suprimir ninguno, ni despojarlos de sus bienes.

Entre las otras obras de San Isidoro, debemos citar sus comentarios sobre varios libros de la Biblia, y entre otros, sobre el Cántico de los cánticos, dos libros de mucha solidez para probar la verdad de la religion contra los judíos, una crónica que se extiende hasta el reinado de Heraclio, una historia de los godos y de los suevos, el tratado de los escritores eclesiásticos que sirve de continuacion á los de San Gerónimo y Gennadio, y por último, tres obras de piedad muy estimadas, á saber, los Soliloquios, el tratado del desprecio del mundo, y una coleccion de pensamientos cristianos sacados de los escritos de San Gregorio.

San Eladio, de Toledo, que murió algunos años antes que San Isidoro, habia ocupado uno de los primeros puestos en la corte; pero ya entonces practicaba los ejercicios de la vida religiosa en cuanto le era posible. Siempre que podia huir de la confusion de los negocios, iba al famoso monasterio Agaliense, cerca de Toledo, y tomaba parte en los ejercicios y ocupaciones de los monges: al cabo se retiró enteramente á esta comunidad, cuyo abad llegó á ser, y de allí fué sacado en su vejez y contra su voluntad para ocupar la silla de Toledo. Falleció por los años de 632, despues de haber gobernado esta Iglesia diez y ocho. Fué admirable sobre todo por su humildad y por su tierna caridad para con los pobres.

Lo que hemos referido de la liturgia mozárabe, nos obliga á decir tambien algo de la antigua liturgia galicana. Empezaba como la de España y Roma por el salmo de *introito*, despues del cual se decia el *Kyrie eleyson*, seguido de un primer prefacio, que era una corta exhortacion á pasar santamente la fiesta: luego se leia una leccion del antiguo Testamento, tras ésta una antífona ó salmo, y el sacerdote rezaba la primera oracion: en seguida el subdiácono leia la epístola, y el diácono se dirigia á la tribuna á leer el Evangelio. En las fiestas de los santos precedia la lectura de sus actas á estas tres lecciones. Si habia sermon era despues del Evangelio: luego se hacia salir á los catecúmenos y excomulgados, y el diácono sacaba los vasos sagrados de la sacristía, y todos los fieles de uno y otro sexo le ofrecian pan y vino. El sacerdote ponia lo que se necesitaba de una y otra especie sobre el altar, y cubria el cáliz con la hijuela: se leian los dípticos, y dicha una oracion por el sacerdote se daban los fieles el ósculo de paz, á que seguia otra oracion. En seguida se decia el prefacio, que era diferente para cada misa: comenzaba como en todas las Iglesias del mundo por estas palabras solemnes: *Sursum corda*, y concluia con el *Sanctus*, cantado por todo el pueblo. Despues de la consagracion y las demas